

¡DOS GRANDES ÉXITOS!

Los enemigos
de la mujer

Quinto libro de

Los Grandes Films

El pago que
dan los hijos

segundo libro de la

Colección de Obras Maestras

Dos nuevos grandes éxitos

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Precios increíbles: UNA PTA.

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 94

25 cts.



LA SEÑORITA
DEL PELO CORTO

por
Constance Talmadge

FilmoTeca
de Catalunya



WITHEY, Chester

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Redacción) Gran Vía Layetana, 17
Administración) Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 94

La señorita del pelo corto

(WEDDING BELLS, 1921)

Comedia de SALISBURY FIELD

Interpretación de CONSTANCE TALMADGE
y HARRISSON FORD

FIRST NATIONAL ATTRACTION



Exclusiva de: L. GAUMONT
Paseo de Gracia, 66 :-: Barcelona

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JOHNNY JONES

En Palm Beach el aire es suave como una caricia, está aromada la atmósfera de los perfumes de las flores y el niño Amor lanza a ciegas sus flechas desde las copas de sus palmeras.

En el Hotel Poincianna, donde Cupido había establecido su cuartel general, una de las mejores y más amplias habitaciones estaba ocupada por Rosalía Layne, huérfana joven, hermosa, rica, libre y con muchas ganas de gozar de la vida.

«Pinkey», un perrito blanco ideal, era el amigo favorito de Rosalía; y Elisa su doncella de confianza.

Una pariente de la afortunada solterita la escribió la siguiente y consejera carta:

Querida Rosalía: Es mi opinión que las señoritas jóvenes y no feas hacen mal en residir en los hoteles de moda sin otra compañía que la de su criada. Tu temperamento, además, te expone a ininidad de peligros, que seguramente ni siquiera sospechas. No soy más que tu tía, pero te quiero como a una hija y, si tu madre viviese, aprobaría mi modo de pensar...

Rosalía comentó a carcajadas la buena intención de su tía y dobló tranquilamente la nota de observaciones que le mandara.

En la habitación de enfrente vivía Gerardo Carter, «hijo de familia», que en sus andanzas por los balnearios elegantes de América, no había encontrado todavía la «media naranja» ideal.

«Pinkey», el faldero de Rosalía, ducho en travesuras, se escapó de la habitación de su dueña y en el pasillo del hotel hincó sus dientes en un zapato de Gerardo, cuyo par éste acababa de dejar junto a la puerta de su cuarto para que se los limpiase el criado.

Como insaciable ratón, «Pinkey» hizo destrozos en dicho zapato, de charol nada menos, y cuando Gerardo advirtió la calamitosa proeza del perrito, ya no había arreglo rápido po-

sible. Sin embargo, enfurecido contra el animal, lo persiguió hasta la habitación de Rosalía, en la que había entrado con el zapato colgando de su boca.

Rosalía, que hacía su «toilette» matinal, se asustó al verse sorprendida por un caballero en pijama y batín, en su íntima ocupación.

Recuperado su zapato, Gerardo se detuvo ante Rosalía, asombrado y presentando torpes excusas por su atrevimiento. Mezcladas a éstas oyéronse una exclamación y una pregunta:

—¡Qué cabello tan preciosol... ¿Es todo suyo?

—Sí, señor... Por ahora no llevo nada postizo —contestóle, ya repuesta de su sobresalto al comprender la causa de la osadía de Gerardo.

—Perdóneme... no quería decir eso... He entrado aquí a buscar mi zapato, y la sorpresa, la emoción... A sus pies, señorita... —añadió Gerardo despidiéndose.

Cuando Rosalía se quedó sola, acarició a su faldero... y hundió sus manos en sus ensortijados y propios cabellos...

Algunos días después, en los jardines del Country Club, lugar de reunión de los «elegantes», Gerardo reconoció a Rosalía y, enterado de que un veraneante amigo la conocía, le dijo:

—Me gustaría mucho conocer esa señorita... ¿Quiere usted presentarme?

Así lo hizo el requerido, y a poco, convertidos en amigos, Rosalía y Gerardo platicaban.

—Usted es la joven de la preciosa cabellera...

—Y usted es el audaz que intentaba matar a mi perrito...

... Transcurrieron nuevos días, y una noche, envueltos en la oleada de perfumes enervantes de las flores, Rosalía y Gerardo se juraron amor eterno.

Y si rápidos fueron en acatar la voz de su corazón, no se quedaron atrás en casarse, que eso es lo más natural cuando dos se quieren... cada vez más cerca...

Hasta ver si congeniaban sus caracteres, los dos recién casados acordaron guardar para sus amistades el secreto de su matrimonio.

A la hora de comer, los dos tiernos palominos se sentaron a una mesa y desde ella vió Gerardo a una joven con el pelo cortado a la moda causándole una simpática impresión que exteriorizó ante su esposa como sigue:

—Esta moda del pelo cortó les sienta muy bien a algunas muchachas, ¿verdad?

Rosalía, herida en su orgullo de mujer y esposa, miró con reproche a su marido y, celosa hasta el infinito, no pudo aguantar su indignación, para desatar la cual a sus anchas se retiró, sin reflexionar en las consecuencias de su arrebato, a su habitación.

Gerardo, abrumado por la simpleza que sin la menor mala idea había cometido, siguió a su agriada «media naranja» cuyo primer gusto se parecía mucho al «limón».

Rosalía, tontamente celosa y egoísta tratándose de su esposo, se lamentó a su doncella:

—¡Elisa, mi matrimonio ha sido una equivocación! ¡Ya se ha fijado en otra... y delante mío!

—Todos los matrimonios son una equivocación, señorita... Por lo menos, esa es la opinión de mi señor marido...—opinó más tontamente todavía — ¡para mejor arreglar las cosas! —la doncella.

Gerardo, nervioso y dispuesto a dar veinte vagones de explicaciones, llamó a la puerta del cuarto de su esposa.

Esta, para apoyar con una nueva estupidez su disgusto, le contestó secamente:

—¡No estoy en casa!

¡La luna empezaba por cuarto, más que menguante, encerrado! ¡Malo, malo!



Rosalía, herida en su orgullo de mujer y esposa, miró con reproche a su marido...

*
*
*

Paulatinamente fué calmándose Rosalía, y llegó hasta el punto de comprender que ella tenía la obligación de complacer a su marido.

De manera que, con el pensamiento puesto en el gusto de Gerardo, Rosalía no vaciló en sacrificar una parte de su belleza cortándose el pelo a la moda.

Elisa lloraba ante tamaña abnegación de su señorita.

Por la noche, cada cual en su cuarto, Gerardo, por una parte, recordando otras noches más felices y comparando la que estaba pasando con la que le *correspondía* con su mujercita, no podía conciliar el sueño; y, por otra parte, Rosalía, despojada de su mullida riqueza y separada de su esposo, se sentía profundamente triste.

Al día siguiente, Gerardo se levantó con dolor de cabeza descomunal, y Rosalía completamente decidida a hacer las paces con su maridito.

El ayuda de cámara de Gerardo notó el malestar de su señor y se apresuró a pulsarlo exclamando tras esta operación:

—Perdón, señor... pero tiene usted fiebre... Será conveniente llamar al médico...

Y, sin esperar el asentimiento de Gerardo, el desinteresado ayuda de cámara fué a buscar al doctor del hotel.

La verdad era que Gerardo se encontraba muy mal, tanto, que no tenía ni humor para arreglarse un poco al salir del lecho.

Una llamada al teléfono le sorprendió.

—¿Quién?—preguntó.

—Buenos días, maridito—respondió Rosalía—... ¿Estás muy incomodado conmigo?

Gerardo se sintió otro, como tocado por una varita de virtuosa hada... pero simuló un gran enfado.

—¡Incomodadísimo!—contestó.

—¿De veras, tesoro mío?

—... Pero te perdonaré si accedes a almorzar en mi compañía.

—¿Que si acepto? ¡Si no deseo otra cosa!

Gerardo se puso a bailar de gozo...

Un poco después, los dos recién casados se reconciliaban de su primera discrepancia.

Así que vió a su esposa, Gerardo la dijo:

—Ahora que estamos juntos otra vez, prometamos no pelearnos nunca más...

Rosalía imitó a Gerardo en hacer un gesto de promesa formal... y se sucedieron los mimos.

Durante el almuerzo, Rosalía anunció a su esposo una noticia:

—Tengo que darte una sorpresa... muy agradable para tí...

—¿Qué es ello, cielito mío?

—¡Mira! ¿Te gusto más así?—respondió ella quitándose el sombrero y poniendo al descubierto su pelo corto.

Gerardo creía soñar y se frotó con fuerza los ojos. Luego, asombrado, reconvino agríamente a su esposa:

—¡Qué ocurrencia!... ¡Mira que cortarte el pelo cuando era lo que más me gustaba de tu persona!

Más extrañada aún que su marido, Rosalía replicó:

—¿Pues no me dijiste ayer que te gustaba aquella joven del pelo corto?

—¡Calla, calla! ¡Pareces una loca con esa melena!

—¿Yo una loca? ¡Te prohíbo que me ofendas!... ¡Está bien! ¡Si lo que te gustó de mí fué mi pelo, ya te lo mandaré en un estuche para que me sustituya a tu lado! ¡No faltaba más!

La excitación nerviosa fué extraordinaria en ambas partes. Rosalía salió de la habitación de su esposo donde habían proyectado almorzar juntos tranquilamente, encerrándose en la suya vomitando chispas por los ojos.

Gerardo intentó detener a su esposa, pero se lo impidieron su ayuda de cámara y el doctor que éste llamara, quienes, quisiéralo él o no, lo amarraron para que el médico pudiera visitarlo. Después de breve examen, el doctor dijo a Gerardo:

—Está usted enfermo de verdad... Créame, acuéstese enseguida y no juegue con las enfermedades.

De nuevo, quisiéralo él o no, el ayuda de cámara y el doctor forcejearon con Gerardo hasta meterlo en la cama.

Esta vez sí que el excitado marido requería los cuidados de la ciencia. ¡El disgusto de la primera riña unido al segundo disgusto del pelo cortado de Rosalía, era la causa de su mal!

Ignorante de la enfermedad de su esposo, Rosalía, en su indignación, buscó otro hotel donde alojarse.

El ayuda de cámara de Gerardo se enteró de la partida de Rosalía y fué a comunicar la noticia a su señor.

—Su esposa ya no está en el hotel... Se ha marchado sin dejar dirección...

Gerardo abatióse más, pero gracias a la casualidad de que «Pinkey», el faldero de Rosalía, se había quedado rezagado en su habitación, disipóse bastante su tristeza con la esperanza de que ella volvería a buscar a su adorado perrito.

Casi al mismo tiempo que Gerardo pensaba en el regreso de Rosalía, ésta, en el nuevo hotel, advertía la ausencia de «Pinkey».

—¿Dónde lo has dejado?—preguntó a Elisa.

—¡Debió quedar en las habitaciones del señorito Gerardo, señorita! ¡Voy a buscarlo!

—No, no vayas... Así, él me lo traerá aquí...

Como se ve, ambos jóvenes esposos deseaban ya olvidar su segunda discrepancia; ¿pero quién desplegaría primero la banderita blanca de la paz?

La fiebre de Gerardo, sin importancia al principio, acabó transformándose en viruela.

Mientras tanto, Rosalía, con una fe digna de



...Rosalía, con una fe digna de mejor causa, recurría a cuantos específicos encontraba para haber crecer el pelo...

mejor causa, recurría a cuantos específicos encontraba para hacer crecer el pelo, a fin de que cuando Gerardo le propusiese la reconciliación, experimentase la alegría de verla con el pelo más largo.

«Pinkey» tenía, en ocasiones, un espíritu aventurero, y cierta tarde, mientras Rosalía se paseaba cerca del hotel donde se hospedara antes y en el que suponía debía estar aún su

esposo, ella vió, en lugar de Gerardo, que era a quien deseaba encontrar, a su perrito que se le había escapado a éste.

Grande fué la sorpresa que recibió Rosalía, pero mejor la hubiese preferido en otras circunstancias.

Pasaron los días y las semanas. Rosalía y Gerardo se esperaban mutuamente... pero ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder el primero.

Hasta que un día Rosalía se cansó de esperar y llamó por teléfono a su esposo.

La telefonista del hotel donde se hospedaba Gerardo recibió la comunicación.

—¿.....?

—Sí, señora, don Gerardo Carter está en el hotel, pero tenemos orden de no llamar al teléfono...

Enojada, Rosalía se plañió ante su doncella:

—¡Elisa, ya no quiere ni oír mi voz por teléfono!... No, no puedo seguir siendo la esposa de un hombre que no me ama... Vámonos hoy mismo a San Francisco...

Entretanto, Gerardo seguía enfermo...

Había transcurrido un año. Un abogado llevó a cabo rápidamente los trámites de divorcio de Rosalía y Gerardo, solicitado por ella con carácter amistoso, por incompatibilidad de caracteres.

Rosalía, después de pasar seis meses en San Francisco y otros seis meses en Europa, se encontraba en Nueva York, en casa de su tía, pero disfrutando de una libertad absoluta.

También Gerardo, casi olvidado el pasado, se hallaba en la gran ciudad de los rasca-cielos.

Magda Hunter, joven millonaria, perteneciente a la mejor sociedad, era la prometida de Gerardo, y esperaba con ilusión el momento de poder lucirlo en los salones.

Douglas Orway, poeta lírico, se pasaba la vida haciendo sonetos dedicados todos a «Ella», es decir, a Magda.

La señora Hunter, madre de Magda, era una rosa otoñal al lado de la rosa de primavera de su hija.

Lejos de suponer siquiera la posibilidad de tal cosa, Rosalía leyó la para ella desagradable noticia que anunciaba un periódico, en su sección «Ecos de Sociedad» y la cual era la siguiente:

En la aristocrática iglesia de San Martín contraerán matrimonio, mañana a las 4 de la tarde, la señorita Magda Hunter, hija de Mr. Euston Hunter, con el joven millonario Mr. Gerardo Carter.

En nuestra alta sociedad se considera esta boda como el acontecimiento más brillante de la temporada.

—¡Ah! ¡Conque se casa, eh! ¡Me lo debí pensar! —exclamó Rosalía afectada.

—¿Qué te importa que se case, si a todas horas dices que ya no le quieres?

—Es verdad que no le quiero... pero fué mi marido y no me parece bien que se lo lleve otra mujer.

—¡Vaya una salida, hijita!

Gerardo conversaba entretanto con su novia en casa de ésta.

Ella le decía suspirosa:

—Gerardo, mañana a esta hora ya estaremos casados...

El, se sonreía... mientras el poeta se ocultaba

a sí mismo el dolor de no verse correspondido por su musa adorada...

Al salir Gerardo de la morada de Magda, el poeta insistió en sus protestas de inmenso cariño, y se le plañió con estos versos:

*Eres un lirio en un jardín de amor,
eres, como la rosa, la más hermosa flor,
eres fina y alada, cual bello colibrí,*

pero, ¡ay!, Magda querida... tú no eres para mí...

La aristócrata prestaba oídos a las apasionadas frases del poeta y, aunque se hubiera inclinado a casarse con Gerardo con preferencia al artista, ello no sería un inconveniente para que continuaran sus relaciones; antes bien, Magda se consolaba con la esperanza de que alguien la amaría... después de casada... ¡Ah, si Douglas tuviese el mismo dinero que Gerardo!

Rosalía, presa repentinamente de una caprichosa idea que iba a poner en práctica sin demora, visitó un establecimiento de postizos y, haciéndose recibir en un saloncito particular, dijo al encargado:

—Deseo llevar el cabello largo, pero no puedo esperar años y años a que me crezca... ¿Quiéren ustedes enseñarme algunas pelucas?

Mientras tanto, Gerardo se disponía a despedirse, ofreciendo una cena a sus amigos, de su vida de soltero.

El nuevo ayuda de cámara de Gerardo, hombre ya macizo y mujeriego, le hizo la siguiente observación:

—En cuanto se case usted, o sea mañana, tendré que dejar su servicio, señor...

—¿...?

—Irán a su casa muchas criadas y todas querrán casarse conmigo... ¡Siempre me ocurre eso!

—No se apure usted por «su desgracia»... Con tomar a mi servicio otro criado además de usted, queda resuelto el «caso».

—¿Qué conseguirá, obrando como dice, el señor?

—¡Pues que te dejen en paz las criadas tras-pasándoselas tú al otro!

Arturo Spencer, el mejor amigo de Gerardo, lo fué a visitar un momento nada más, para quedar en la hora de la cena, a fin de avisar a los amigos convidados que encontraría en el club.

Después de salir Arturo, una dama entró en la casa de Gerardo y se hizo anunciar a éste por el criado sin dar su nombre.

—Una señorita, muy guapa, por cierto, desea verle, señor—dijo a Gerardo el ayuda de cámara.

—No recibo a ninguna mujer. Dile que no estoy... que salí sin que tú lo supieras... Dile lo que quieras... pero que me dejen en paz las visitas en víspera de mi boda.

—Recíbala, señor... Me ha dado diez dólares para que arregle la entrevista—le suplicó, enseñándole el billete, el ayuda de cámara.

—Que no se diga que no procuro complacerle para que se quede usted conmigo... aunque me case. Hágala entrar... La veré, para que no pierda usted los diez dólares.

—Gracias, señor.

La dama fué inmediatamente introducida cerca de Gerardo, y éste, al verla, exclamó asombrado:

—Pero... ¿eres tú, Rosalía?

Sí que lo era y le sonreía con su sonrisa de cielo.

Gerardo le tendió los brazos, y ella, con la

misma alegría que la de su ex esposo, hizo lo mismo, estrechándose ambos efusivamente las manos.

—¿Cómo tú por aquí, Rosalía?

—Buscando un nombre en la guía de teléfonos, encontré tu dirección.

—Siéntate... ¡Cuánto me alegra verte!... Rosalía, ¿por qué me abandonaste?... Cuando el abogado me indicó que querías divorciarte, quise ir a verte, pero con mi enfermedad era imposible...

—¿Estuviste enfermo, Gerardo?

—Durante bastante tiempo... desde aquella mañana que nos disgustamos tanto... Si en aquella fecha alguien no me hubiera robado a «Pinkey»... tal vez tú habrías venido a reclamármelo... y entonces, viéndome enfermo y dispuesto a olvidar nuestra acalorada discusión, no te hubieras divorciado de mí.

—¡Pobrecito «Pinkey»!— exclamó, ocultando una sonrisa, Rosalía, quien, como se sabe, encontró a su perrito por casualidad cerca del hotel en que enfermara Gerardo—¿Dónde estará ahora?

Luego, con coquetería cogióse unos pelos traviosos de su peluca y con los dedos los escondió entre los demás, después de haber discretamente insinuado a Gerardo que eran muy largos.

—¡Ah! Pero ¿ya tienes el pelo largo?—dijo él.

—Sí... desde aquella funesta mañana los dejé crecer a su antojo estimulándolos con todos los específicos conocidos y por conocer.

—Quítate el sombrero, ¿quieres?

—Si es por darte gusto... ya está... Pero, ¿te vas de viaje? A juzgar por lo que veo estabas haciendo tus maletas cuando vine...

—Sí, voy a Palm Beach... lugar de recuerdos.

—¿Vas a divertirte... o a recordar?

—A divertirme—replicó Gerardo con firmeza contraria a la realidad, por querer aparecer fuerte delante de su ex esposa que celebraba en el alma volver a ver.

Ella advirtió la emoción que él sentía y, satisfecha de saberse aún «algo» para Gerardo, siguió fingiendo naturalidad y buscando motivos para ganarlo otra vez por completo. ¡Bonita idea en víspera de boda! Así, pues, hizo nuevas preguntas:

—¿Vas solo?

—No, acompañado... Los viajes me gustan siempre en compañía... Y tú, ¿eres feliz?

—Sí... muy feliz... ¿No lo eres tú también?

—Sí... claro... este es el único recuerdo que conservo de nuestro antiguo amor... El zapato que me destrozó «Pinkey»... Es como una reliquia para mí... porque significa la felicidad de un día...

—¡Qué tiempo aquel!

—¿Quieres que cenemos juntos esta noche... como marido y mujer?

—Y esa mesa con tantos cubiertos, ¿a quién espera?

—Eso estaba preparado para dar un refresco de despedida a los amigos... con motivo de mi viaje, ¿sabes?... Pero ya me desharé de ellos...

—Bien. Entonces podemos ir a cenar al Ritz—le dijo Rosalía intencionadamente.

—¡No! Podrían vernos e interpretar mal nuestra... intimidación... Sería más bonito que cenásemos aquí los dos solos... Te aseguro que nadie nos interrumpirá.

—Si es por darte gusto... aceptado.



—Gerardo, ¿verdad que nadie vendrá aquí?

Gerardo llamó a su mayordomo y le ordenó:

—Telefóneee al señor Spencer que estoy enfermo y que entretenga a los amigos en el club... Después prepare una cena para dos personas.

Luego, aparte, notificó al mismo:

—Al anochecer vendrá la doncella de la señorita a por ella... Fíe en su discreción. ¿En-



—...este es el único recuerdo que conservo de nuestro antiguo amor... El zapato que me destrozó "Pinkey"...

tendido? Descuelgue los teléfonos y que nadie me moleste.

La despedida de «soltero» de Gerardo era muy distinta de como él, en un principio, la había pensado; pero la prefería a cualquiera otra.

El antiguo amor no había muerto... y en el

rescoldo del mismo se edificaba otro amor más intenso...

—¡Qué felices éramos allá en Palm Beach, cuando todo parecía sonreír a nuestro amor...!—recordaba Gerardo en voz alta.

Mientras tanto, en el club, los amigos de Gerardo, en vez de celebrar su despedida de soltero, parecía que asistían a sus funerales. Por eso fué, sin duda, que Arturo Spencer, bebiendo para olvidar, se excedió hasta marearse de valiente. Los humos de la *mona* le sugirieron un borrascoso proyecto, que comunicó a sus compañeros:

—Nuestro amigo Gerardo está enfermo... de susto, indudablemente... Hay que ir allí, a animarle... Yo voy y os lo traeré aquí...

En su casa, Gerardo se dejaba llevar en un transporte de ventura por la corriente de la ilusión y rogaba a su ex esposa:

—¡Por favor, Rosalía, suéltate el pelo!... Es lo último que te pido...

Ella, con mil cuidados, se desató la cabellera sobre la espalda a la par que murmuraba:

—Si es por darte gusto...

Magda, que acababa de probarse el vestido de novia, disgustándose con la modista como una niña tonta, llamó al teléfono de Gerardo en vano. Impaciente e intranquila, dijo a su madre:

—No contesta, madre. Estoy llamando hace dos horas... ¿Le habrá ocurrido algo a Gerardo?

Participando de su misma ansiedad, la madre de Magda se decidió a acompañar a su hija y en la calle tropezaron con el poeta que rondaba, al acecho de cualquier ocasión, el retiro de su pretendida.

Elisa, la doncella de Rosalía, llegó a la casa de Gerardo para recoger a su señorita, y al ver al ayuda de cámara exclamó pasmada:

—¡Francisco!... ¡Marido mío!

—¡Elisita de mi alma!—añadió el mayordomo—. ¡Quién iba a pensar en nuestro encuentro! Tu señorita está con mi señor... solos... juntos... Ven... Yo también deseo tenerte a ti así... Y me contarás quién es tu señorita... por qué ha venido esta tarde aquí...

—Francisco, tú no sabes las cosas que pasan en este mundo... Ellos son casi como nosotros...

—¿Qué?... Por esa puerta, esposa mía, por ahí...

Gerardo, por su parte, acariciaba los cabellos de Rosalía, arrodillado a sus pies.

—Gerardo, ¿verdad que nadie vendrá aquí?

—Nadie, puedes estar tranquila... He dado órdenes terminantes en ese sentido.

—Si hubiera peligro de que alguien viniese a sorprendernos, tú me lo dirías, ¿verdad, Gerardo?

—Sí, Rosalía linda...

En este momento, descatando en su embriaguez la observación de Francisco «*el señor está muy enfermo y el médico dice que no puede ver a nadie*», Arturo hizo imprudentemente irrupción en el salón en que se hallaban Rosalía y Gerardo, que se sorprendieron, disgustándose éste.

Arturo, riéndose por su audacia, presentó sus excusas a Rosalía:

—Soy el mejor amigo de Gerardo...

—¡No! ¡En estos momentos no eres nada mío!—le gritó Gerardo—¡Vete a la calle a tomar el fresco, hazme el favor!

Francisco vino a anunciar a Gerardo que un repórter deseaba entrevistarle urgentemente. Temeroso de que el periodista le resultase tan atrevido como Arturo, Gerardo salió a desembarazarse de él en pocas palabras.

Arturo piropeó a Rosalía, que se reía, y a poco fué puesto de patitas a la calle por Gerardo.



Gerardo, por su parte, acariciaba los cabellos de Rosalía arrodillado a sus pies.

Pero mientras Gerardo había estado conversando con el repórter en cuestión y mientras atendía a otro repórter que se había colado en su casa al «arrojar» Gerardo a Arturo, y que, como el otro, deseaba que le contase algo acerca de su matrimonio, Magda, su madre y su poeta habían sido recibidos por Francisco que vislumbraba, sin poderla evitar, la hecatombe que se avecinaba.

En efecto, Magda encontró a Rosalía, peinándose, y se sorprendió, mucho más al ver en la habitación una mesita con dos cubiertos. Pensó mal. El «caso» no era para pensar nada bueno. ¡Bonito despido de soltero de Gerardo! pensaba.

Disimulando su disgusto, Magda dijo a Rosalía:

—Perdone... No creía encontrar aquí a una señorita...

Rosalía, sin interrumpir su tarea, tranquilamente como si realmente esperara este encuentro con la novia de su ex marido, le contestó:

—Soy la esposa divorciada de Gerardo.

Magda palideció pero se recobró en el acto.

—¿De modo que Gerardo ha abandonado a sus amigos para consagrarle la noche a usted?

—¿Puedo saber a título de qué me somete usted a un interrogatorio?—le respondió Rosalía, fingiendo no estar al corriente de ello.

—¡Poca cosa! Soy la prometida de Gerardo y mañana me casaré con él...

—Si necesita usted que la ayude con mis consejos...

En este instante apareció Gerardo, seguido de la madre de su novia y del poeta.

¡El lío era tremendo!

—Vamos al recibidor, Magda, ten la bondad—la dijo él.

—¡Mamá! ¡Está aquí la ex esposa de Gerardo!—manifestó ella a su madre.

Esta, a su vez, preguntó a su futuro yerno:

—¿Quiere usted explicarme, Gerardo?...

¿Cómo dijo usted entonces en la alcaldía que nunca había contraído matrimonio?

Confundido, Gerardo se excusó torpemente.

El poeta intentó sacar provecho de la situación, y susurró a su musa de carne:

—Magda, ¿no ves que ese hombre no te conviene y que sólo en mi pecho encontrarás el verdadero amor?

Irritada contra todos, pues su amor propio había sido herido, Magda le contestó destempladamente:

—¿Y a tí quién te da vela en este entierro?

Gerardo se acercó a su novia dispuesto a arreglar las cosas para evitar el escándalo:

—Magda, sé que he hecho mal, pero perdóname...

Rosalía asistía, impasible, a aquellas escenas, curiosa interiormente de conocer el resultado.

—Siento en el alma haber sido yo la causa de este rompimiento—dijo únicamente, a la madre de Magda, al ver como Gerardo se disculpaba ante su novia.

La aludida madre le volvió la cara a Rosalía, y Magda, despechada, sólo para que la divorciada no recuperara a su ex esposo, contestó a Gerardo, quien tal vez hubiese deseado otra cosa:

—Te perdono, Gerardo... te perdono porque te quiero...

Y añadió, con ánimo de herir a Rosalía:

—Gerardo es tan atento... Por eso convida a veces a cenar a antiguas amistades, sin hacer caso de la crítica de las *personas sensatas*... Y ahora me marchó, para que sigan ustedes hablando libremente de los tiempos antiguos que pasaron para no volver. No te retrases, Gerardo... Ya lo sabes: a las once, en la iglesia.

Rosalía se limitó a dirigir a Magda una mirada de conmiseración...

Gerardo despidió a su futura familia y al vate en la puerta de su casa.

Mientras, Elisa, la doncella de Rosalía, decía a su señorita presentándole a Francisco:

—Es mi marido, señora, al que he vuelto a



—... Y ahora me marcho, para que sigan ustedes hablando libremente de los tiempos antiguos que pasaron para no volver.

encontrar cuando menos lo esperaba... ¿Me deja usted libre esta noche?

—Bien. Pero ten cuidado, pues los maridos encontrados reservan muchas sorpresas, y no te olvides de hacer el equipaje... Ya sabes que mañana nos vamos a San Francisco.

—Gracias, señora.

Salieron los criados y se reunió Gerardo con Rosalía.

El estaba anonadado.

Rosalía, risueña siempre, le objetó:

—¿Crees que me hubiera quedado a cenar contigo de haber sabido que tenías una novia con instintos de policía?

—¡.....!

—Si tanto dices que sientes haber roto conmigo, ¿por qué te casas con ella?

—Porque todo el mundo lo quiere, y yo soy un hombre sin voluntad... Ella lo quiere... la madre de ella lo quiere...

—Eso no quiere decir nada, Gerardo... Mi madre también deseaba que yo fuese chico, cuando vine al mundo, y salí una chica...

—Debieras compadecerte y no burlarte de mí... ¡Eres una mariposa sin corazón!

—Las mariposas tienen todas corazón... ¿No has visto cómo aman a las flores?

—¡Ah, cómo me siento solo! ¿Por qué viniste a atormentarme, después de lo que ya hemos hecho, cuando ya creía olvidarte?

—¿Nos separamos acaso por una culpa de uno de los dos? ¡No! Eramos, somos y seguiremos siendo amigos. A confirmarte eso vine para que supieras que no te guardo rencor.

—¡Rosalía! ¡Mi mujercita de un día!... ¿Quieres darme un beso... el beso de la despedida?

—No, Gerardo... Sería un desatino... Tus caricias pertenecen a otra.

—Dices bien. Guárdate ese beso... Lo único que siento es habértelo pedido. Mañana tendré una mujer que me dará todos los que yo le pida... Me portaré bien con ella y no le daré ni un disgusto... Voy a empezar a ser formal desde ahora mismo.

Rióse de nuevo Rosalía y en el umbral de la casa hizo un gesto como si invitara a su ex

marido a besarla. El adelantó anhelante sus labios para hacerlo.

—¡No, Gerardito, no!...—esquivó ella—. Solamente quería probar si vas a ser tan formal como dices...

Y desapareció de la casa dejando en ella y en el corazón de Gerardo el aroma de su sonrisa, del recuerdo y de la fascinación...

Al día siguiente: un día aciago en la vida de Gerardo.

La tía de Rosalía, que sacó pasaje para California para su sobrina y su doncella, le entregó los billetes, informándola al mismo tiempo de que Elisa no había vuelto aún, por lo que estaba sin arreglar el equipaje.

Inmediatamente, Rosalía telefoneó a su ex esposo en cuya casa debía de estar su doncella.

—¡Necesito a mi criada!... ¡Tu ayuda de cámara me la ha robado!

Incomodado consigo mismo ante el inminente sacrificio a sabiendas de su felicidad casándose con Magda, Gerardo contestó a Rosalía, resentido con ella por considerar que tenía la culpa de todo:

—Lo siento mucho, señora, pero si quiere usted una criada, tendrá que pintársela...

Rosalía colgó el aparato y trazó un plan de desquite.

Entretanto, Arturo Spencer, el íntimo de Gerardo, lo hacía vestir a gran velocidad pues ya estaban haciendo tarde para la ceremonia.

En efecto, Magda había llegado ya a la iglesia y esperaba al novio.

Gerardo, queriendo borrar el recuerdo del ayer, arrojó a un cesto de papeles el zapato

evocador de su aventura amorosa con Rosalía... pero tuvo que hacer un gran esfuerzo para separarse de ese querido objeto.

Rosalía llegó mientras Gerardo se acababa de componer rápidamente, acicateado por Arturo.

Gerardo tembló al rever a su primer amor. ¿Flaquearía ante ella? ¡No, no debía hacerlo, otra mujer tenía su palabra de caballero! Pero...

—Vengo a buscar a Elisa—le dijo Rosalía— y no me marcharé de aquí sin llevármela.

Arturo, a quien le gustaba una barbaridad Rosalía, le dedicó los instantes que le faltaban aún a Gerardo para estar listo.

Y entonces el novio singular tuvo una racha de celos y de melancolía.

—¿No sabes que nos esperan en la iglesia?... ¿Para eso me dabas tanta prisa?—le dijo al aprovechado amigo.

Y a Rosalía a solas:

—¡No tienes compasión de mí!... Eres incapaz de levantar un dedo para salvarme del naufragio que me amenaza!

Ella aparentó indiferencia.

Como loco iba a salir Gerardo de su casa.

—¡Que has perdido la cabeza, hijo!—le advirtió Rosalía viendo que se olvidaba del sombrero.

Tomó Gerardo nerviosamente.

—¿Llevas la licencia de matrimonio?—preguntóle, para detenerlo otra vez, Rosalía.

Automáticamente, Gerardo le respondió enojadísimo:

—Sí, la llevo y contigo he terminado para siempre... ¡Para siempre! Si no lo quieres creer, mira en el cesto de los papeles.

Rosalía vió el zapato en el cesto y tuvo un ligero pesar. Se rehizo pronto y dijo al ayuda de cámara de Gerardo:

—Francisco, me llevo a Elisa a California... ¿Le gustaría a usted venir con nosotros?

—¡Ya lo creo, señora!—contestó el aludido, resignándose a ser sólo de una mujer, de la propia.



—¿Llevas la licencia de matrimonio?—preguntóle, para detenerlo otra vez, Rosalía.

Gerardo volvió de nuevo al salón donde todavía se encontraba Rosalía.

—He olvidado la...

—... ¿la licencia matrimonial?

Gerardo no tuvo más remedio que confesar a Rosalía que antes le había contestado sin saber lo que decía, pues la licencia estaba en su mesa-despacho.

Rosalía le ayudó a encontrarla y ella misma se la dió.

Y brotaron de los labios de la mujer unas palabras veladas por la emoción:

—Gerardo, te deseo que seas muy feliz... todo lo feliz que te mereces...

Y cuando Gerardo, más precipitado que nunca, se alejó de ella, Rosalía, atisbando la calle desde una ventana, lloró...

—Señora, ¿por qué llora usted?—preguntóle su doncella sorprendiéndola.

—¡Se me va, Elisal... ¡Y yo que hubiera querido tenerlo siempre a mi lado!

—Pero ¿por qué no se lo decía usted clarito si me pareció que él también la ama a usted?

—¡Porque las mujeres somos unas tontas! ¡Oh, ideal! ¡Sil... ¡Es mío! ¡No se casarán... y ya veremos si comprendel...

Rosalía escribió algo en un papel y mandó a Elisa que lo llevase a la iglesia de San Martín para ser entregado inmediatamente al sacerdote que celebrara la ceremonia.

El sacerdote leyó el escrito de Rosalía cuyo final decía así:

... y en nombre de esa mujer a quien él abandonó, le suplico que el matrimonio no se lleve a efecto. Un amigo de la justicia y dijo a los novios:

—Me veo obligado a interrumpir la ceremonia... ¿Quieren ustedes tener la bondad de pasar a la sacristía?

Con el asombro que se supone, la familia siguió al sacerdote al lugar indicado.

—Este joven estuvo casado otra vez y se divorció... Y nuestra religión, católica, nos impide casar a una persona divorciada.

Gerardo creyó reconocer la letra de Rosalía y supuso que buscaba vengarse de él hasta ponerlo en ridículo delante de la sociedad.

Así, pues, dijo a su novia:

—Buscaré un sacerdote protestante y nos casaremos en tu casa...

«Pinkey» como algún tiempo atrás, se escapó de su casa y se hallaba perdido en la ciudad.

La novia, la familia y los invitados, se habían trasladado de la iglesia a casa de la primera.

La madre, compungida, dijo a su hija, a quien el poeta consolaba con frases candentes:

—¿Qué van a decir nuestras amistades?... De todas las jóvenes que conocemos, eres tú la única que no ha podido casarse en San Martín...

Gerardo llegó con un pastor... y otros, avisados por otros conductos, también ofrecieron sus servicios.

Pero Magda, siguiendo el consejo de su madre, amiga de la ostentación como la hija, dijo a Gerardo:

—Mamá es de opinión que debo casarme en San Martín... forzosamente...

—Siento que eso no sea posible, pues ya sabes que el sacerdote se niega a casarnos.

—Pues mira, Gerardo, te hablaré con franqueza... ahora veo que no te quiero como una mujer debe querer a su marido... Y mamá es de opinión que debo casarme con Douglas...

—¿Y me lo dices ahora?

—Perdóname, Gerardo... y si no te causase un dolor muy profundo, ¿podrías dejarme en libertad?

A pesar del chasco, enorme, Gerardo tuvo una gran alegría, y respondió:

—Encantado, hijita... Si precisamente era eso lo que estaba deseando... ¡Y desde hoy, las mujeres se acabaron para mí!

El poeta suspiraba en brazos de Magda presa en la red de sus versos.

Gerardo respiró en la calle el aire de la libertad y cerca de su casa encontró a «Pinkey», el travieso animalito.

Al entrar en su casa, Gerardo estaba hecho una furia.

Rosalía se aprestó a defenderse del ataque de que iba a ser objeto.

—¿Dónde has dejado a tu mujer, Gerardo? le preguntó.

—¿Sí, eh? ¿Has sido tú quien ha mandado esta carta al sacerdote?

—Reconoce que no decía en ella más que la verdad.

—Te has propuesto volverme loco... y lo vas consiguiendo. Pero ¡ya soy libre para siempre!

—¿Y ahora qué vas a hacer?... ¿No te vas de viaje?

—No sé... No me seduce un viaje a Palm Beach... solo...

—Yo me voy a San Francisco.

—Debías haberlo hecho antes.

—Me llevo conmigo a Elisa y a Francisco...

—¿Qué? Tú sueñas, hijita.

—Y a tí, si quieres...

—¡Rosalía! ¿Pero qué dices?...

—Gerardo... ¿no serías capaz de amarme otra vez, sin fijarte en si llevo el pelo corto o largo?

—Rosalía, te quiero con toda mi alma, y lo mismo te querría aunque gastases peluca...

Sonaron los chasquidos de unas caricias y percibiéronse aún estas palabras:

—Oye, Gerardo... ¿cuando estemos casados otra vez, me dejarás cortarme el pelo a la moda?

Cerró él su boca con un nuevo beso y con la mirada puesta en la suya le respondió que consentiría en todo con tal de tener su amor.

Rosalía podría, pues, sin temor, quitarse la peluca...

Y jamás enturbióse el agua de la nueva corriente por la que se deslizaron mansamente sus vidas...

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

LAS HIJAS DE LOS HOMBRES RICOS

precioso drama de la vida real, interpretado por MIRIAM COOPER y STUART HOLMES

EMOCIÓN — INTERÉS

Postal-fotografía:

MARGUERITE DE LA MOTTE

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles

Precio, 25 cts.